

LA MODA ELEGANTE

Administración: Alcalá, 23, Madrid.

Madrid, 6 de Febrero de 1892.

Año LI.— Núm. 6.



144.—Trajes de visita y de recepción.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista parisiense, por V. de Castellido.—Explicación de los grabados.—Crónica de Madrid, por el Marqués de Valle-Alegre.—Luz de redención (continuación), por la Condesa de Campoblanco.—El Mirlo blanco (conclusión), por D.ª Antonia Opisso.—Frabeca de amor, por D. Luciano de Vargas.—El Anzuel de mi guarda, poesía, por D.ª Elisa Casas.—A mi esposa, poesía, por D. José Jackson Veyan.—Correspondencia particular, por D.ª Adela P.—Explicación del figurín iluminado.—Sueltos.—Advertencia.—Salto de caballo presentado por la Srta. D.ª Consuelo Olmedo.—Anuncios.

GRABADOS.—1 a 4. Trajes de visita y de recepción.—5 y 6. Cabezera (bordado búlgaro).—7. Camisolín-blusa.—8. Alba bordada.—9. Traje para jóvenes de 14 a 19 años.—10. Bata para señoras.—11. Vestido para niñas de 9 a 11 años.—12. Blusa para niños de 3 a 5 años.—13 y 14. Mangas para trajes de calle.—15 a 19. Gorras para niños.—20. Abrigo ruso para niñas de 8 a 10 años.—21. Cuello para vestido escotado.—22 y 23. Abrigo batista.—24. Chaqueta de terciopelo labrado.—25. Vestido de recibir.—26. Esclavina de astracán y abrigo de terciopelo.—27 y 28. Traje de recibir.—29 y 30. Traje para señoritas.—31. Esclavina de recibir para señoras de edad.—32. Lazo que sirve de peto.—33. Delantal bordado.—34. Falda para vestidos de calle.—35. Sombrero para señoritas.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Una moda americana.—Recepciones diurnas.—Las esclavinas y los abrigos largos.—Varios modelos de última hora.—Trajes de baile.—Consejos útiles.—Manera de reformar los vestidos del año pasado.—Dos trajes de recepción.—Preservativos contra el frío.—Pericances de un tartanudo.—¡Lástima que sea moderna!—La dilatación de los cuerpos, historia inverosímil.

Paris está en «plena estación», como dicen nuestros vecinos de ultra Mancha: el patinaje, los ensayos generales, a los que es de gran tono asistir, las primeras representaciones, las «matinées» danzantes, las visitas, etc., etc., ponen a todo el mundo en movimiento.

La moda americana de las recepciones diurnas tiende a aclimatarse en nuestra capital. Se va a estas recepciones con vestido claro, corpiño abierto y sombrero de visita. Por lo general, la fiesta consiste en un concierto, casi siempre improvisado, una *santé* y una merienda. En algunas casas las meriendas en mesitas, adoptadas dos años ha, tienen gran aceptación. Se establece el «buffet» en uno de los salones principales, y son los caballeros los que desempeñan el oficio de camareros sirviendo las mesitas. Sólo cuando las señoras están servidas, los caballeros se sientan a las mesas, y entonces empiezan las conversaciones, interrumpidas á veces con algunas vueltas de vals.

Por poco que se tengan en sus relaciones dos ó tres reuniones de este género, el tiempo parece corto y las horas corren alegremente.

Pasemos al capítulo de modas.

La esclavina ha destronado definitivamente el abrigo largo, tal como se le llevaba el año anterior, de paño de color, montado en torno de un canesú de terciopelo bordado de cuentas ó de pasamanería. Apenas si en los días de frío rigoroso algunas señoras se aventuran á sacar á luz las levitas largas de piel de putria ó de felpa, que poseen hace años y que quisieran usar lo más pronto posible.



Núms. 1 y 2.

El abrigo largo tiene dos inconvenientes: que es muy incómodo de llevar, y que cubre completamente el vestido, lo que es sumamente desagradable cuando se trata de un traje de visita ó de ceremonia. Esta prenda no es verdaderamente cómoda sino en viaje, ó para paseos matinales, sirviendo para envolver un vestido sencillo y á medio uso.

La esclavina ó manteleta redonda, que hace furor en este momento, y que es, en verdad, una prenda muy elegante, se hace de mil modos: unas son enteramente de terciopelo color de dalia ó de pulgaa, y se componen de tres esclavinas montadas al sesgo y ribeteadas cada una de una tira de marta cibelina, con cuello Médicis forrado igualmente de marta. Se llevan con un traje muy elegante.

Para salir de teatro se hace la esclavina completamente de pieles, nutria ó astracán, que se guarnece con un canesú en punta bordado de oro, y se la forra de raso color de anémona ó verde Nilo. Diré de paso que los forros claros han recobrado el puesto de honor que ocupaban años atrás,

y los brochados negros que preferíamos el año pasado han dejado de estar de moda. Adoptaremos, pues, para forrar nuestros abrigos de primavera, telas de un dibujo y un color parecidos, por su riqueza, á los trajes deslumbradores de Marion Delorme y de Catalina de Médicis.

Digamos algo de los vestidos de baile, cuyo género y formas varían hasta lo infinito. La mayor parte de estos vestidos son de terciopelo ó raso liso. Se emplea menos el brochado de colores claros, sino más bien el negro.

Los trajes de este año varían de tal modo de los del año



Núm. 3.

anterior, que hay que hacerse nuevos vestidos ó transformar por completo los antiguos. Este último medio es el que adoptan muchas señoras de sentido práctico, y voy á dar una idea de las modificaciones que hay que introducir.

Si la falda es de tela brochada, raso ó faya, se la hace absolutamente plana, poniendo sólo en el borde inferior, para alargarla, un volante de encaje con una guarnición de plumas por encima. De la banda plegada ó de la túnica, que formaba la sobrefalda, y del cuerpo, se hace otro cuerpo, ligeramente plegado, en punta y remetido en la falda. Se rodea el talle de una cinta ancha de raso núm. 12, cuyas puntas caen por detrás ó van anudadas por delante hacia la izquierda. Mangas muy largas, ó si no se tiene tela suficiente para hacerlas, se termina la parte inferior en un puño alto de encaje, dejando sólo la parte superior de la tela del corpiño. Respecto á los vestidos de cuerpo muy escotado y terminado en punta, lo mejor será quitar de la falda todas las puntadas que formaban los pliegues, dejándola igualmente plana y guarneciéndola con un galón bordado, y poner por encima una blusa de encaje ó de bordado al plumetis, hecha simplemente de un volante muy ancho que se monta en torno de un galón que rodea el escote y cubre de este modo el antiguo corpiño, despojando antes de todos sus adornos (croquis núms. 1 y 2).

El corpiño que publicamos á continuación (croquis número 3) puede servir asimismo de modelo para transformar un vestido de terciopelo y raso brochado. Se dejará el fondo de falda, cubriéndolo de un delantal plegado de crespón color de rosa, azul ó verde, y prendido de trecho en trecho con unos lazos de cinta de terciopelo del color del brochado. El cuerpo y la cola quedarán de esta última tela, poniendo solamente alrededor del escote cuadrado una berta de guipur



Núms. 4 y 5.

blanca por delante y por detrás. Un volante fruncido de lo mismo rodeará la cintura. Mangas de gasa ó de crespón como la falda.

La moda de recibir por las tardes en trajes claros, según he indicado al principio de esta crónica, parece adoptada

de una manera decisiva por la mayoría de las elegantes. Estos trajes son verdaderos trajes de convite, y algunos de ellos «soirées», que habrá que describir en lo sucesivo. Los vestidos en cuestión, si bien altos, se hacen de crespón y faya, ó enteramente de pèkin. La condesa de K... luce, en su último lunes, un traje Luis XIII, de paño gris plata, exotado en redondo, con cuello vuelto de guipur blanca en puntas, sobre otro cuello de paño recortado también en puntas como la guipur y guarnecido de lentejuelas de acero. El delantero del vestido iba abierto de arriba abajo sobre una falda y un peto de raso blanco liso. La manga de paño, muy bullonada y muy corta, parecía como recogida por una cartera de guipur sobre una segunda manga de raso, la cual caía á su vez, formando mitón, sobre la mano.

Citaré, para terminar, otro traje de recepción no menos original que el precedente (croquis núms. 4 y 5). Es de raso color de anémona sonrosada, y va guarnecido de un magnífico volante de encaje de Chantilly montado con una cabeza. El cuerpo, cuya espalda es de raso liso, va guarnecido por delante de encaje plegado y sujeto en la cintura con tres barretas de terciopelo negro, terminadas en medio bajo unas escarapelitas. Mangas de raso, guarnecidas en lo alto de un bullonado de encaje.

Sería negligencia imperdonable no ocuparse de los peligros que corre la belleza femenina en estos tiempos de temperatura polar.

Mr. Guerlain, que es el mejor consejero en la materia, y á quien he consultado, me ha dado sobre este asunto las más útiles indicaciones. Su crema emoliente de cohombres es el remedio por excelencia para las grietas y las irritaciones del cutis producidas por el frío. Suaviza la piel y lucha victoriosamente contra el aire demasiado vivo que quema literalmente el rostro.

Para los labios recomienda el Bálsamo de la Ferté, que cura en una noche las grietas y las inflamaciones labiales. Merece á este bálsamo exquisito, perfumado como una flor, los labios recobran como por encanto su color sonrosado natural.

Pero lo que recomiendo sobre todo, no sólo por consejo de Mr. Guerlain, sino por mi propia experiencia, es el uso del Jabón Sapoceti, ó blanco de balena, que es el más bello florón de la corona industrial de Mr. Guerlain, caballero de la Legión de honor.

Las damas rusas, reputadas por la belleza del cutis, son fervientes partidarias de este jabón, y desde Paris, donde lo han conocido, han extendido su reputación á todo el imperio del Norte. Así es que actualmente no hay señora en Rusia que no conozca, por emplearlo exclusivamente, el Jabón Sapoceti de Guerlain, 15, rue de la Paix.

Pericances de un tartanudo.

En el muelle de una estación de ferrocarril.

Es domingo, la multitud se agolpa y el tren va á llegar.

—¡A... tr... r... aaás!—grita un empleado, dirigiéndose al público.

Y viendo que no retrocede bastante pronto, repite en voz más alta:

—A... tr... r... aaás!

Y después, encogido de hombros, exclama:

—Me parece que hablo claro.

En una tienda de curiosidades.

—¡Qué preciosa jardinera! Es antigua, ¿no es verdad?

—No, señora, es moderna.

—¡Qué lástima!... ¡era tan bonita!

Un profesor de Marsella, queriendo dar á sus discípulos una idea de los efectos del calor en la dilatación de los cuerpos, les cuenta la siguiente historia:

—Un amigo mío, que es bastante grueso, subió el verano pasado á la columna de Vendôme. Llegado á la cumbre, permaneció algún tiempo expuesto al sol del Mediodía, y el sol lo dilató de tal modo, que no pudo volverse: la escalera era demasiado estrecha.

LOS ALUMNOS (estremecidos).—¡Y está allí todavía!

EL PROFESOR (modestamente).—No; ha podido bajar á las primeras nieves.

V. DE CASTELPIDO.

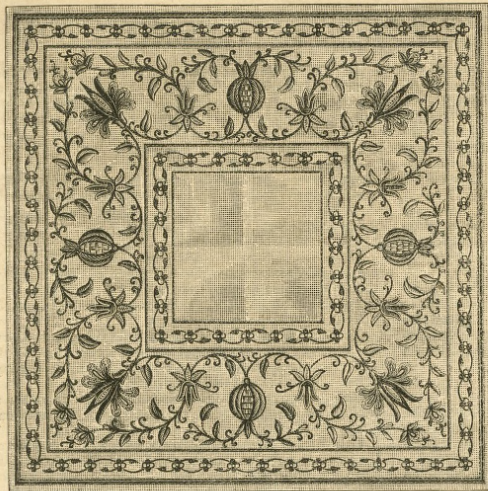
EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Trajes de visita y de recepción.—Núms. 1 á 4.

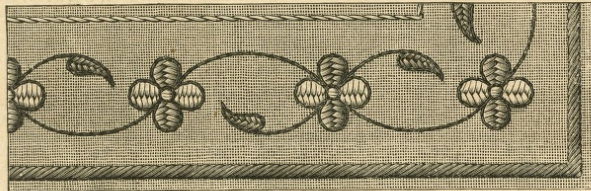
Núm. 1. Vestido de paño beige obscuro, guarnecido en el borde inferior de una orla de terciopelo color de nutria recortado.—Cuerpo largo, abrochado en el lado izquierdo, muy ajustado en la espalda y abierto por delante sobre un peto ancho, bordado de terciopelo y ribetado á todo el rededor de una tira de piel de marta. Un broche de plata antigua cierra el cuerpo. Las aldetas, largas, van guarnecidas por delante de terciopelo recortado. Cuello en pie, ribetado de piel de marta. Mangas muy anchas por arriba y estrechas por abajo, con un puño bordado que termina en una punta de terciopelo.—Capotita de terciopelo negro. Un galón de azabache adorna su contorno. Penacho de azabache por delante y lazo de terciopelo por detrás, el cual termina en bridas.

Núm. 2. Vestido para niñas de 5 á 7 años.—Se hace este vestido de terciopelo azul obscuro. Falda plegada á todo el rededor. Corpiño-blusa guarnecido en lo alto de un cuello de guipur. Cinturón de cinta azul obscuro.

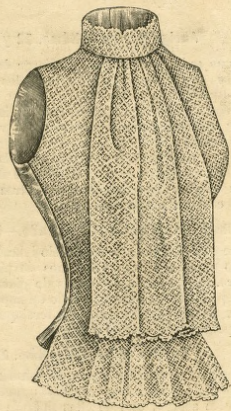
Núm. 3. Vestido de faya color heliotropo.—Cuerpo muy estirado, fruncido por delante y por detrás. Una pasamanería negra mate adorna lo alto del cuerpo, forma punta por delante y por detrás, rodea las sisas, cubre los laditos y desciende en punta sobre la falda. Esta va guarnecida en el



5.—Cabecera (bordado búlgaro). Véase el dibujo 6.



6.—Ejecución del bordado búlgaro. Véase el dibujo 5.

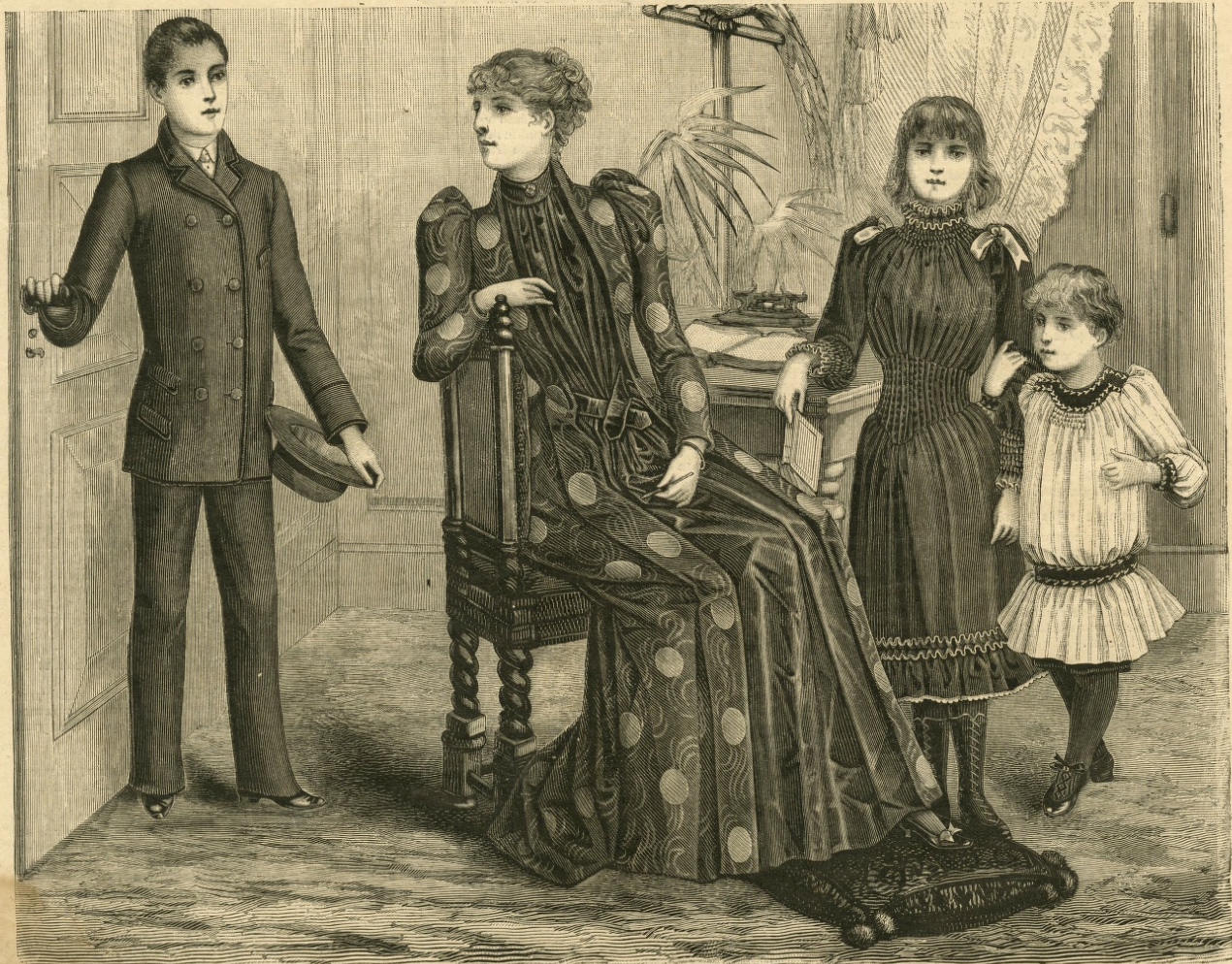


7.—Camisolín-blusa.



8.—Alba bordada.

Explic. y pat. núm. IV, figs. 27 á 29 de la Hoja-Suplemento.



9.—Traje para jóvenes de 14 á 16 años.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 10 de la Hoja-Suplemento.

10.—Bata para señoras.
Explic. y pat., núm. VII, figs. 44 á 50 de la Hoja-Suplemento.

11.—Vestido para niñas de 9 á 11 años.
Explic. y pat., núm. II, figs. 11 á 17 de la Hoja-Suplemento.

12.—Blusa para niños de 3 á 5 años.
Explic. y pat., núm. III, figs. 18 á 26 de la Hoja-Suplemento.

borde inferior de una pasamanería semejante a la que adorna el cuerpo.

Núm. 4. *Traje de paño gris perla y terciopelo negro.*—La falda, al sesgo y formando un pico la cola, va adornada en su borde inferior de una tira de terciopelo, cubierta en parte de un encaje blanco. Cuerpo-chaqueta de paño, con aldetas añadidas, abierto sobre un canesú de terciopelo negro, que se prolonga en forma de chaleco. Un encaje va puesto en torno de la cintura, del cuello y del delantero. Espalda muy ajustada, de paño gris perla. Manga adornada con tres biesses puestos sobre un puño de terciopelo negro.—Sombrero de terciopelo negro, adornado con plumas negras. La copa va rodeada de cintas color de perla.

Cabecera (bordado búlgaro).—Núms. 5 y 6.

La fig. 59 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponde a este objeto.

Esta cabecera, que tiene 56 centímetros en cuadro, es de lienzo blanco. Se la adorna con una cenefa, ejecutada por la fig. 59 con sedas de diferentes colores, al pasado, punto de cordoncillo, punto de *janina* y punto anudado. La parte interior de las flores grandes de los ángulos va hecha con seda azul, al pasado, y la parte exterior con seda encarnada oscura, al punto de *janina*. Se rodea el interior de esta última parte con seda negra, y el interior de la primera con seda color de oro antiguo, al punto de cordoncillo. Se ejecuta el centro de los puntos anudados con seda color de oro antiguo. Las flores del centro, bordadas al pasado con seda encarnada oscura, van rodeadas de seda azul. Para los tallos y las hojas se emplea seda aceituna, y para las venas seda azul y encarnada oscura, alternativamente. Los adornos que se encuentran entre las hojas se bordan al pasado con seda encarnada y seda color de oro antiguo, al punto de *janina*, cuyo punto va rodeado de seda negra. Las florecillas de los ángulos van hechas con seda encarnada y salmón.

Se bordan, con arreglo a las indicaciones del dibujo, las florecillas de la cenefa, al punto de *janina*, con seda encarnada y salmón. Las hojitas del borde interior y del borde exterior de la cenefa van hechas con seda color de aceituna. El marco y los tallos se ejecutan con seda negra. Las hileras de puntos al pasado que los ribetea se hacen con seda azul, y las hileras de puntos de cordoncillo con seda color de oro antiguo.

Camisón-blusa.—Núm. 7.

Se hacen las pinzas del pecho en el delantero de este camisón-blusa, que es de *surah*; se cubre el delantero, desde la costura de costado, con dos pedazos de encaje crema, de 40 centímetros de ancho cada uno, ligeramente fruncidos en el borde superior, cuyos pedazos tienen 18 centímetros más de largo que el pedazo de *surah*. Se les dobla hacia adentro, y se les cose sobre el borde inferior del delantero. Sobre estos pedazos se pone otro del mismo encaje, que forma un volante de 44 centímetros de largo por 64 de ancho, y se le frunce en el borde superior, de modo que quede reducido a 10 centímetros de ancho. Se une a los delanteros la espalda de *surah*, que va guarnecida de botones y ojales. El cuello en pie es de *surah* puesto doble, y va cubierto de encaje.

Alba bordada.—Núm. 8.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figs. 27 á 29 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje para jóvenes de 14 á 16 años.—Núm. 9.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figs. 1 á 10 de la *Hoja-Suplemento*.

Bata para señoras.—Núm. 10.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VII, figuras 44 á 50 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para niñas de 9 á 11 años.—Núm. 11.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figs. 11 á 17 de la *Hoja-Suplemento*.

Blusa para niños de 3 á 5 años.—Núm. 12.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figs. 18 á 26 de la *Hoja-Suplemento*.

Mangas para trajes de calle.—Núms. 13 y 14.

Núm. 13. La parte superior de esta manga, que es de paño, va plegada ligeramente, así como los lados. De la costura del codo sale una punta pespunteada y abrochada encima.

Núm. 14. Esta manga es de paño. La hoja de encima se abre y se separa ligeramente sobre un puño de color más claro. La abertura va ribeteada de un vivo de terciopelo, de pespunte y botones.

Gorras para niños.—Núms. 15 á 19.

Núm. 15. Birrete de paño azul obscuro, con pompón azul en el fondo. Borde de cinta azul, que cae flotante por detrás. Unas estrellas de oro van bordadas por delante.

Núm. 16. Gorra de paño azul labrado, con pluma azul prendida en el lado izquierdo con un adorno de plata antigua.

Núm. 17. Gorra búlgara, de paño gris, con fondo ribeteado de terciopelo de canutillo. Borde del mismo terciopelo, y pluma gris prendida con un adorno de azabache.

Núm. 18. Gorra de terciopelo blanco, para niños pequeños. El fondo forma varios pliegues, y se le ribetea de una tira de plumas blancas.

Núm. 19. Birrete para niños de 5 años. El fondo se hace de paño blanco ó azul, y el borde de terciopelo negro.

Abrigo ruso para niñas de 8 á 10 años.—Núm. 20.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VIII, figuras 51 á 56 de la *Hoja-Suplemento*.

Cuello para vestido escotado.—Núm. 21.

Es de encaje punto de Alençon. Se compone de un encaje plegado, que rodea un entredós dispuesto en escotadura cuadrada.

Abrigo Batista.—Núms. 22 y 23.

Su forma es la de una levita semilarga de paño azul, y se la guarnece de terciopelo negro y bordados negros. Se compone de espalda y lados de espalda, lados de delante y delanteros con una pinza y cerrados en medio. Manga alta de hombros; cuello alto abarquilado; canesú y carteras de terciopelo adornadas con bordados. Los bordados suben sobre las mangas y adornan el pecho y la espalda, las caderas, la costura de los lados de espalda y el borde de los delanteros.

Tela necesaria: 2 metros 50 centímetros de paño, y un metro 20 centímetros de terciopelo.

Chaqueta de terciopelo labrado.—Núm. 24.

Se hace esta chaqueta de terciopelo labrado gris perla sobre fondo morado. Cuello y adornos de piel gris. Faja de raso negro. Pasamanería y botones de plata.—El sombrero que acompaña á esta chaqueta es de terciopelo gris tornasolado color de violeta. El ala es de terciopelo negro. Pluma negra y penacho del mismo color.

Vestido de recibir.—Núm. 25.

Este vestido es de paño ligero de canutillo color marrón, y va forrado de lanilla beige con listas anchas de un blanco crudo. Doble solapa, una de ellas flotante y la otra apuntada. Los bordes van guarnecidos de guipur y de botoncitos color beige. Aldetas dobles por detrás. Mangas medio bullonadas. Cuello cubierto de guipur.

Esclavina de astrakán y abrigo de terciopelo.

Núm. 26.

Esta esclavina, que es de astrakán negro, va puesta sobre un abrigo largo de terciopelo negro con mangas sencillas. Manguito del mismo astrakán.—Toque de terciopelo negro adornada con plumas de faisán y tira de piel de bisonte.

Traje de recibir.—Núms. 27 y 28.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Traje para señoritas.—Núms. 29 y 30.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figuras 31 á 43 de la *Hoja-Suplemento*.

Esclavina de recibir para señoras de edad.—Núm. 31.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figuras 57 y 58 de la *Hoja-Suplemento*.

Lazo que sirve de peto.—Núm. 32.

Se compone este lazo-peto de un bucle de gasa de seda azul pálido, de 12 centímetros de largo, al cual va unida una punta de gasa del mismo color, bordada, la cual tiene 17 centímetros de largo por 47 de ancho, y va dispuesta en pliegues largos. La parte superior de este pedazo va cubierta por otro de la misma gasa, que tiene 11 centímetros de largo y 48 de ancho, y va dispuesto en un volante fruncido en el lado derecho superior y fijado por el interior del lazo.

Delantal bordado.—Núm. 33.

Se emplea para hacer este delantal un pedazo de fular con dibujos, de 86 centímetros en cuadro, el cual se frunce tres veces, á intervalos de 1 ½ centímetros, á 30 centímetros de distancia de uno de los ángulos (éste forma el peto), de manera que quede reducido á 24 centímetros de ancho. Los pliegues van cubiertos con un cinturón de 69 centímetros de largo, compuesto de galones y terminado en punta en uno de los lados transversales. El delantal va provisto de dos bolsillos que tienen 18 centímetros de largo por 17 de ancho cada uno, y van dispuestos en pliegues huecos en el borde inferior, á fin de dejarlos en 7 centímetros de ancho. Se guarnecen los picos del delantal con galones, que van anudados por detrás.

Falda para vestidos de calle.—Núm. 34.

Esta falda, que es de lanilla rayada color de algarroba, es lisa por delante y va plegada por detrás como lo indica el dibujo. Los lados se abren en punta por abajo sobre un fincuello de la misma tela, cuya abertura va atravesada por cinco cordones dobles de seda del mismo color de la falda, apuntados con botones de pasamanería.

Sombrero para señoritas.—Núm. 35.

Sombrero redondo de fieltro mordorado, con fondo bullonado de terciopelo del mismo color, rodeado de una cinta de raso color crema. En la izquierda van dos plumas beige formando penacho.

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

Invierno desgraciado.—Bailes y lutos.—En todas partes catástrofes.—Suspensión de fiestas.—El porvenir.—La *quadrille* de la Marquesa de Alencázar.—Los que la componen.—Los Marqueses de Cerralbo y la *griffe*.—¿Existe ó no existe?—Muertos ilustres.—La Condesa de Puñonrostro.—El Marqués de Barzanallana.—Matrimonios.—Los realizados y los próximos.—LOS TEATROS.—En el REAL, *Carmen*.—El tenor De Marchi.—*Fausto*.—En el ESPAÑOL, *La Calle de la Montera*.—En la COMEDIA, *rentrée* de la Guerrero y de García Ortega.—En LARA, *Los Calaveras*.

ESTABA escrito—como diría un oriental—que el invierno de 1891-92 había de ser triste, lúgubre, desanimado; que las catástrofes se sucederían unas á otras con extraordinaria rapidez; que los planes más risueños y las esperanzas más dulces se desvanecerían como el humo.

Los Marqueses de San Carlos se proponían celebrar varias *sauteries*—ó pequeños bailes—tan deliciosos como los dos que habían dado, y la muerte inesperada de una hermana del antiguo diplomático ha venido á cerrar sus salones, y á sumir en el dolor á los que poco antes se hallaban contentos y satisfechos.

Los Condes de Casa-Sedano pensaban igualmente continuar «sus Domingos», en los que se citaban en la elegante morada de la calle de Serrano *Le baon et l'arrivé-ban* de la nobleza cortesana, y el último cortejo de América los ha traído la dolorosa noticia de haber fallecido en aquellas lejanas regiones una persona de su familia.

En fin, la Condesa de Casa-Valencia iba á reanudar en breve sus recepciones de los lunes, interrumpidas por la defunción de su cuñado el Duque de Arión; pero la enfermedad de la segunda de sus hijas le impide llevar á cabo tan agradable pensamiento.

Habría de contentarse, pues, la gente aficionada á divertirse con el baile que para el 29 del actual prepara la Duquesa de Sesto, en su elegante, aunque reducida mansión de la calle de Jorge Juan.

No se habla en los círculos aristocráticos sino de la *quadrille* que debe ser el principal aliciente de la pequeña fiesta. Y llamo la pequeña, porque no tendrá cotillón, y porque debe finalizar á la una de la madrugada.

Sin embargo, será el acontecimiento de la temporada actual, y el único que produce animación y movimiento en el gran mundo.

La *quadrille* constará de catorce parejas, figurando en ella las tres hijas de los Duques del Infantado; Beatriz Caro, que lo es de los Condes de Peña-Ramiro; Silvia Alvarez de Toledo, de los Duques de Bivona; Beatriz Saavedra, nieta del egregio autor de *Don Alvaro*; la Marquesa de Guadalest y su hermana Inés Artega; María Ozores, hija de los Marqueses de Aranda; María Africa Carvajal, que lo es de los Marqueses de Aguilar de Inestribillas; Mercedes Carvajal y Osorio, de los Marqueses de Navamorcuende; María Mitjans, de los Marqueses de Manzanedo; Luisa Silva, del Conde de Pie de Concha; Luisa Prado, de los Marqueses de Acapulco, y María Piñeiro, de los Marqueses de Bendaña.

Los galanes serán el Marqués de Jura Real; Tristán Alvarez de Toledo, hijo de los Condes de Xiquena; Joaquín Artega, de los Marqueses de Valmediano; Joaquín Caro, de los Condes de Peña-Ramiro; José Caro, hermano del Marqués de la Romana; Urzáiz (D. Andrés); Ventura Durán, hijo de los Marqueses de Perales; Prado, de los Marqueses de Acapulco; Javier Arcos, de la opulenta familia americana tan conocida y estimada en la corte, y algunos más.

Otro salón y otro palacio que debían inaugurarse en breve, los de los Marqueses de Cerralbo, calle de Ventura Rodríguez, núm. 2, permanecerán por ahora cerrados.

Ignoro si existe ó no la *infamoz* entre nosotros, pero lo cierto y la verdad es que los individuos de la ilustre familia del fiel partidario de la causa carlista han caído—uno tras otro—en el lecho, atacados de una enfermedad muy parecida á la que hoy aflige á las principales capitales de Europa. Las personas de quienes se trata convaldecen apenas de las dolencias sufridas, y no hay que aguardar por ahora fiestas ni saraos en el barrio de Argüelles.

Lutos en vez de galas; lágrimas en lugar de sonrisas, he ahí el doloroso cuadro que ofrece el gran mundo, cuando otros años sólo resonaban en todas partes los ecos de las orquestas y el alegre estrépito de las carajadas.

El invierno hace ahora estragos crueles en la sociedad cortesana: el año de 1890 por estos mismos días hallábase de cuerpo presente cuatro grandes de España: los Duques de Najera y de Moctezuma, y los Condes de Puñonrostro y de Toreno.

Algo parecido ocurre en 1892; casi á la par han fallecido la Condesa de Puñonrostro y la señora de Pino, hermana del Marqués de San Carlos; siguiéndoles inmediatamente al sepulcro el Marqués de Barzanallana y la señora de Guillén, esposa del ex senador del Reino D. Domingo.

Todas estas desgracias han esparcido un tinte de tristeza y de dolor sobre la *high life*, obligándola á interrumpir las diversiones propias de la época, para ir á consolar á los que sufren incalculables penas.

Lo único que no se suspende son los matrimonios: ya se ha verificado el de la señorita D.^a Sofia Goicoorrea, hija del difunto Intendente de Palacio, con el teniente de artillería Sr. Coello, hijo del secretario-tesorero de la infanta D.^a Isabel: el 15 recibirán las bendiciones la hija del agente de Bolsa Sr. Castelló y el Sr. D. Luis Silvea, hijo del que en sus juveniles años firmaba artículos ingeniosos con el pseudónimo ó anagrama de Velisla; el 18 será la boda de la Srta. D.^a Laura Carvajal con el americano Sr. Labayen; y en fechas distintas las de la señorita de Suárez con D. Juan de Sandoval, hijo de los Marqueses de la Rivera; y de la señorita de Avial con el primogénito de los Vizcondes de Aleira.

En fin, antes de pasar á diferente asunto, consignaré que el domingo de la semana anterior se unieron con eternos lazos la señora viuda de Lora y el general López Dominguez.

En los teatros abundan más los acontecimientos prósperos que en la vida real, y en ellos hay más éxitos que naufragios.

El Real continúa concurrido y brillante, esperando la salida del tenor Tamagno, que tanto ha de contribuir á su lustre, y preparando las novedades ofrecidas á sus abonados y al público en general, que son: la ópera *Edgar*, de un maestro desconocido y aun ignorado entre los madrileños, el *signor Puccini*; y *El Duque fantasma*, de Wagner, cuarta de las suyas que se cantará en Madrid, habiendo sido las otras *Rienzi*, *Lohengrin* y *Tannhäuser*.

Mientras, en las dos últimas semanas hemos oído *Carmen*, en la que el simpático tenor De Marchi ha alcanzado un verdadero triunfo, á pesar de los terribles recuerdos de Valero en el papel de D. José; y *Fausto*, que ha proporcionado otra victoria á la Tetrazzini, una de las Margaritas más poéticas y sentimentales que hemos visto jamás.

Tamagno hará su *debut* el 4 con el *Otello*, de Verdi, que

dió á conocer por primera vez en la Scala de Milán; y en seguida debe cantar *Il Profeta*, de Meyerbeer, en que ostenta todas sus dotes naturales y artísticas.

Espérase que también ejecutará *Edgar*, pero no es seguro que se encargue de un papel inferior á sus facultades, y que se hallaba destinado á Durot.

El antiguo Corral de la Pacheca prosigue su feliz, y su gloriosa campaña.

Otros años todo le era contrario: este, por el revés, no experimenta sino dichas y bienandanzas, viéndose diariamente llena la sala de la calle del Príncipe.

En tres meses no ha ofrecido á los espectadores más que una novedad: *Mar y cielo*, y, sin embargo, ha obtenido pingües entradas con *Don Juan Tenorio* y *Don Alvaro ó la fuerza del sino*.

Ahora acaba de conseguir otro favor inesperado.—Con objeto de proporcionar algún repeso á Ricardo Calvo, desenterró del panteón del olvido, donde dormía injustamente, la comedia de Narciso Serra *La Calle de la Montera*.

A la primera representación asistió poca gente; pero la mañana inmediata dijeron los periódicos que la preciosa obra del poeta difunto había emblesado á los oyentes, y que los actores la representaban á maravilla.

No se necesitó más para que el público llenara el coliseo la noche siguiente, y para que desde entonces resuenen en él los aplausos, y el auditorio llame á la escena de diario á los afortunados intérpretes de tan bella composición.

Casi á la vez, en otra escena vecina se realizaba una verdadera solemnidad: la *reñtrée*—¿cómo lo diremos, Sr. Campomaner?—de dos artistas jóvenes, ricos de talento y de porvenir.

Ella—como el hijo pródigo—volvía á la casa paterna, al hogar de sus primeros triunfos, después de haber sufrido decepciones y desencantos en país extranjero; él, por el contrario, había sido torpemente proscrito por un empresario inexperto, por no decir inhábil, de la compañía en que prestara tan útiles servicios.

María Guerrero y Francisco García Ortega son los dos á quienes aludo, y no hay quien no celebre verlos otra vez bajo la dirección del Sr. Mario.

Este no habría cometido nunca la torpeza de privarse de sus servicios, y hoy los utilizará en bien de las obras del repertorio y de las muevas.

Antonio Vico y el Sr. Perrín han pasado al teatro de la Princesa, y donde tomarán parte en *Thermidor*, el famoso drama de Sardou, que debe estrenarse el viernes 5 del corriente, y son sustituidos—asi como el género que los tres simbolizaban—por los dos que acabamos de citar, que representan el de la comedia.

El *Cara de Longueval* ha servido para que así la Guerrero como García Ortega tornen á figurar entre sus antiguos compañeros, y para que alcancen gran número de palmadas y no menor de ovaciones.

Ha habido, pues, en el teatro una verdadera aunque pacífica revolución: ella devolverá la vida y el interés á los espectadores, siendo útil para todos, por ser natural y justificada.

El Sr. Sánchez Pastor, que ha producido tantos juguetes agradables, tantas piezas ingeniosas, no ha tenido acierto al querer pintar *Los Calaveras*.

Pero pronto tomará su revancha, y entonces nos será lícito hacer lo que hoy no podríamos: elogiar su imaginación viva; sus chistes y ocurrencias felices; su habilidad para preparar una intriga, y su manera de desenlazarla.

Sin embargo, no puede—no debe—quejarse de los actores, que pusieron de su parte cuanto pudieron para salvar *Los Calaveras*, y lograron que el auditorio no se mostrase con ellos severo y riguroso.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALGORE.

2 de Febrero de 1872.

LUZ DE REDECCIÓN.

Continuación.



¿QUIÉN es, señora?

—Luz, la niña Luz.

—¿Ah!—respondió sor Úrsula con un suspiro.—En verdad la digo que me alegraría vivamente de que mejorase la situación de esa niña: yo siempre he pensado en que Luz no había nacido para ser obrera ó criada de servicio, y su porvenir me entraba en la cabeza.

Dichoso quien puede hacer obras de caridad tan grandes como la que usted proyecta ejecutar!... Pero, señora, es preciso que reflexione usted muy despacio: yo tengo deberes que cumplir con relación á esa niña, porque su ingreso en esta casa ha presentado un carácter especial... Luz tiene un tutor, y aunque este hombre no ha dado contestación á ninguna de las cartas que le he dirigido, estoy en el deber de consultarle.

—¿Dónde está ese tutor?—preguntó con viveza Clara.—¿Por qué se ha separado de una niña tan adorable? Una de dos: ó es muy pobre, ó no tiene corazón cristiano.

—Lo uno y lo otro—dijo la Superiora con irónica sonrisa, según me escribieron las hermanas de Madrid.—Su primer propósito fué dejarla en el Hospicio....

—¿Monstruo!—murmuró Clara.

—Y después—continuó sor Úrsula—abonó la retribución que exigimos, por reglamento de la casa, á las personas que pueden pagarla, para que Luz permaneciese en nuestros asilos, de Madrid ó de provincias, hasta cumplir la edad de veintidós años.... De Madrid me la enviaron aquí, juntamente con su

partida de nacimiento y bautismo, y un billete firmado por iniciales, concebido en estos misteriosos términos: «Es inútil que me escriba usted acerca de Luz. Me alejo de Florpolis y de Madrid, tal vez para no volver más. No contestaré á ninguna carta.»

—¿Y las iniciales?

—Son estas: D. R., que quieren decir Dámaso Roca. Tal es el nombre del tutor de Luz, y también Roca es el apellido de la niña.

—¿Y la partida de bautismo no presenta ninguna indicación particular acerca de los padres de la niña?

—Absolutamente ninguna: no se menciona en ella ni la profesión del padre, ni la de los testigos que firmaron el acta.

—No importa: si ese tutor y pariente abominable la ha abandonado, yo la adopto.

—Pero mi deber es, repito, poner en conocimiento del tutor esa determinación de usted, señora.... Y aun en el caso de que el tutor haya desaparecido, ejerceré sus funciones legales otro pariente de la niña.... Esto es indudable.... ó un juez....

—¿Qué importa? Para no perder tiempo, hermana mía, ruego á usted que escriba hoy mismo. ¿Me lo promete, no es verdad?—dijo Clara, entregando una buena limosna á sor Úrsula.

—Lo prometo, señora.... Puede venir el domingo por la contestación.

X.

Ya hemos dicho que Luciano era un antiguo militar que había combatido en la guerra carlista y en la de Cuba, muy rico y de excelente familia; habíase casado en la Habana (diez años antes de presentarle á nuestras lectoras) con Clara, hermosísima criolla, una de las bellezas de la buena sociedad habanera, y cuya casa tenía fama por su lujo y su opulencia; los dos esposos eran, no obstante, de costumbres sencillas, religiosos, caritativos y apasionados por los viajes lejanos.

Clara y Luciano escribieron á Madrid para obtener los informes que necesitaban, y sor Úrsula escribió inmediatamente, como lo había prometido, al Juez municipal y también al Alcalde de Florpolis, quienes contestaron á los pocos días manifestando que D. Dámaso de la Roca había desaparecido y se le suponía muerto, por haber dejado dispuesto en testamento que á los seis meses de su ausencia de la ciudad se le considerase como fallecido, y la vieja criada tomase posesión, en calidad de usufructuaria, de la Casa del Loco.

Esta contestación, que coincidía con las que Clara había recibido, bastaba, y satisfizo plenamente á la Superiora y á los futuros padres adoptivos de Luz: sabían que ésta era hija legítima de un sobrino de D. Dámaso, probablemente tan pobre como desconocido, y poseían la partida de bautismo de la niña, legalizada en toda forma.

¿Y la medalla de oro que Luz tenía colgada del cuello? ¡Bah!... podría ser un regalo de cualquier persona rica y generosa....

Por lo tanto, la Superiora conferenció con las hermanas de la Caridad, y ni éstas ni aquella creyeron que era lícito rechazar las inesperadas ventajas que se ofrecían á la niña; y teniendo algunos escrúpulos motivados por la suma de quinientas pesetas que D. Dámaso había entregado en Madrid para la educación de Luz, la Superiora se propuso imponerlas en la Caja de Ahorros, á nombre de la sobrina del donante.

Las hermanas, con el corazón lleno de pena en los últimos días que Luz había de morar en el asilo, prepararon unas ropitas más adecuadas á su nuevo posición social, y la Superiora agregó á este pequeño *trousseau* un hermoso devocionario, un rosario de nacar y plata, dos estampitas de los Corazones de Jesús y María y una medalla de la Purísima Concepción.

Era un claro día de Septiembre cuando Luz fué conducida al leontorio, donde la esperaba Clara con una abultada caja de cartón y dos ó tres paquetitos atados con haldique, reconoció la niña á la dama que la había regalado pasteles, sonrió con gracia y se dejó acariciar amablemente; mas en seguida tornó la mirada hacia la caja y los paquetitos, preguntando así:

—¿Qué me trae, mamá?

—¿A que no aciertas?—dijo Clara.

—¿Pasteles, sí, pasteles?

—¡Bah!... Otras cosas mejores! Mira.

Y Clara, desatando las cintas de los paquetitos, sacó un hermoso traje para la niña, diciendo:

—Para ti, nena. ¿Ves qué sombrero tan lindo? ¿Ves qué vestidito tan blanco? ¿Ves qué botitas tan elegantes? ¡A vestir, niña, á vestir!

La Superiora empezó á quitarla el modesto traje del asilo y á vestirla el nuevo, diciéndola con voz temblorosa y llena de lágrimas:

—No olvides, hija mía, que Dios no mira á la ropa, sino al corazón de las niñas; y si no eres obediente y humilde, si no haces todos los días las oraciones que te he enseñado, Dios no te amará, aunque tengas este elegante traje en vez de la falda azul y el delantal blanco de nuestra casa.

Y dirigiéndose á Clara, la dijo:

—Por piedad suplico á usted, señora, que no la enseñe á ser vanidosa....

Terminada la *toilette* de Luz, contestó la señora de Nestosa.

—Descuide usted, hermana.... Vamos, Luz, vamos: abraza á estas buenas madres, que tanto se han desvelado por ti, y ven con tu nueva mamá.

Luz, que se había dejado vestir con cierta curiosidad mezclada de admiración, sintió un estremecimiento con la idea de acompañar á aquella señora desconocida; y saltando la enguantada mano que había cogido las suyas, corrió á esconderse entre los pliegues del delantal azul de sor Úrsula....

Sólo desde allí, desde aquel refugio sagrado para ella, se atrevió á fijar la mirada en Clara, y á mover la rubia cabeza, mientras decía con firme acento:

—¡No, no, no quiero irme con usted!

Sor Úrsula se limpió los ojos á hurtadillas, y dijo:

—Luz, hija mía: esta señora es muy buena.... es tu mamá.... y te dará muy bellos juguetes.

—¡Yo lo creo!—interrumpió Clara, tomando la caja de cartón.—Mira, ¿ves? Aquí hay una preciosa muñeca que te dará cuando estemos en el coche que nos espera á la puerta del Colegio. ¡Mira, mira!

Y sacó una soberbia *poupée* tan grande como la misma niña, lujosamente vestida de terciopelo y encajes.

Luz salió del delantal de sor Úrsula, extendió los brazos y exclamó en éxtasis de sorpresa y alegría:

—¿Es para mí?

—Para ti, sí, para ti.... cuando estemos en el coche.

Luz miró alternativamente á la muñeca, á Clara, á las hermanas, á sor Úrsula.... y quedó vencida su firmeza....

—¿Y volveré pronto?—dijo.

—Sin duda.... volverás, Dios mediante....

Vaciló todavía.... pero los ojos de esmalte de la muñeca la miraban con tanta fijeza....

—Pues si he de volver.... vamos ahora al coche—dijo, y volvió á coger la enguantada mano de Clara.

—¡Que Dios te bendiga!—exclamó sor Úrsula.—Haga usted, señora, que sea buena cristiana, y ámelas mucho, mucho.... porque si su existencia era aquí humilde y obscura, todas, todas las hermanas de la casa la adorábamos....

El bello rostro de la niña desapareció muchas veces bajo las amplias tocas de las hermanas, que no se cansaban de besarla y acariciarla, hasta que Clara, poniendo término á tan angustiosa y conmovedora despedida, salió del leontorio con Luz y la muñeca.

Llegaron al coche, donde Luciano aguardaba, leyendo un periódico.

—¿Cáspita! ¿cuánto has tardado!—exclamó.

—Pero ya la tengo, esposo mío—dijo Clara.—¿Verdad que es monísima?—añadió con regocijado acento.

Sentóse al lado de su marido, y colocó á Luz en la banqueta, diciéndola:

—Ahora, toma la muñeca.

¿Cuánta alegría sintió Luz al recibir en sus brazos la soberbia muñeca!

—Dios quiera—murmuró Luciano—que no tengamos que deplorar esta repentina transformación en nuestras costumbres!

—¿Deplorarla?—respondió Clara.—¿No sabes que se realiza hoy un ensueño muy grato de mi vida? Ya verás, Luciano, cómo tú mismo has de amar de todo corazón á esta angelical criatura.

—Es probable, es probable....

Y en seguida, tirando del cordón del cochero, dijo á éste: —A escape, á casa! No hay que perder el expreso de la tarde, y falta preparar las maletas.

Y volvió á recostarse en el coche, para continuar leyendo el periódico.

XI.

El viaje á Madrid fué para Luz un encanto: el rápido movimiento del tren y el paisaje que huía ante la asombrada niña, ofreciéndola sorpresas inesperadas, verdes campiñas y cadenas de montañas, pueblos y desiertos, ríos y lagos, todo era motivo de éxtasis; y cuando llegó la noche, durmióse al lado de su muñeca en un rincón del carruaje para no despertar hasta la estación de Atocha, en Madrid.

El sueño había perturbado sus ideas: sintió algún espanto, quizá por los silbidos de la máquina y el ruido del tren en la estación, al ver que no se despertaba en la estrecha camita blanca del asilo, y de sus labios se escapó el nombre querido de sor Úrsula; pero la tranquilizaron los besos y abrazos de Clara y la mirada fija de la linda muñeca.

Pocos minutos después, llegando en magnífico *landau* ante un hermoso hotel de la Castellana, Clara decía á Luz:

—Ya estamos en nuestra casa, niña: desde hoy me llamarás mamá, y á este señor le llamarás papá. ¿Me comprendes?

—Sí.

—No digas sí; di: «Sí, mamá».

—Sí, mamá.

—Que no se te olvide, Luz.

La niña repitió aquella dulce palabra, que nunca había dirigido á su verdadera madre, porque perdió á ésta en la cuna, y Clara la llenó de besos y caricias.

De pronto Luz se quedó estupefacta: allá arriba, en la balaustrada de la suntuosa escalera, que estaba cubierta de plantas y flores de maravillosa belleza, acababa de ver un rostro singular, casi negro, con dos ojos brillantes, en pupilas rojizas, que la miraban con sorprendente curiosidad.

Luz no podía apreciar la extraña y rarísima belleza de aquel rostro: su cutis era de color verde oscuro, sus labios rojos y gruesos, sus cabellos y sus pestañas negros y sedosos.

Pero lo que más la impresionó fué el traje de la mujer que tenía aquel rostro: una larga falda de indiana azul claro con ramos blancos; un pañuelo de seda color de naranja al rededor del cuello; numerosas joyas de oro y coral en el corpiño, en las orejas, en las trenzas de los cabellos.

Era aquella mujer la mulata Pancha, al servicio de Clara.

—¿No hay nadie aquí?—gritó ésta, entrando en el vestíbulo de su hotel.

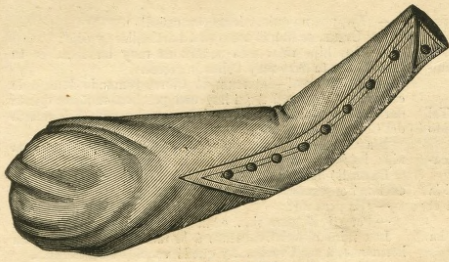
Y la mulata, sacudiendo al punto la especie de fascinación que había producido en ella la presencia de la niña, bajó de un salto, sin rozar apenas la alfombra de la escalera, hasta colocarse delante de su señora.

—Querida anita mía!—exclamó con el zalamero acento de las criollas.—Yo estar arriba, y mirarla mucho desde allí.

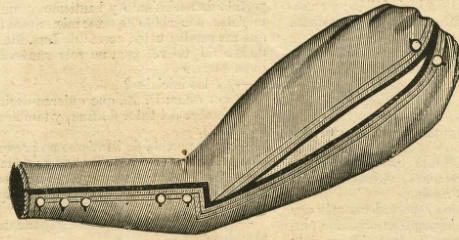
Había tal expresión de cariño en el semblante de la mulata, que Clara la abrazó con la familiaridad que las señoras cubanas conceden á las muchachas de color que se han educado con ellas.

—¿La señora quiere darme su sacó?—dijo la mulata, en el tono correcto de una camarista parisienne, y fingiendo no ver la niña que se presentaba en la casa con los señores.

—No.... sube en brazos á esta niña hasta mi gabinete.



13.—Manga para traje de calle.



14.—Manga para traje de calle.



24.—Chaqueta de terciopelo labrado.



20.—Abrigo ruso pat. Explic. y pat., núm. VIII, fig.



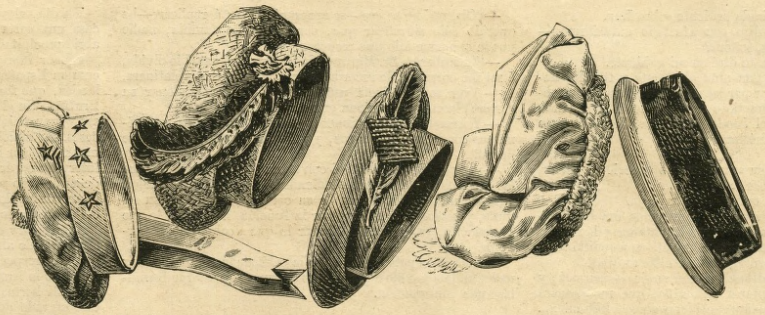
21.—Cuello pa



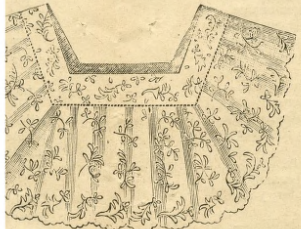
22 v



20.—Abrigo ruso para niñas de 8 á 10 años.
y pat., nám. VIII, figs. 51 á 56 de la Hoja-Suplemento.



15 á 19.—Gorras para niños.



21.—Cuello para vestido escotado.



22.—delantero.



23.—Vestido de recibir.

26.—Esclavina de astracán y abrigo de terciopelo.

La mulata echó una mirada ardiente sobre Luz.
—¡Qué linda niña!—dijo con afectado entusiasmo.—
¿Viene por mucho tiempo, señora?
—Sí, señora, y calla... Ya te diré en mi gabinete.
Si Luz no hubiera sido una niña obediente y tímida, habría rehusado dejarse tocar por las manos negras y ásperas de la mulata; mas sometióse humildemente, y cuando ésta la dejó a la puerta del *boudoir* de Clara, inclinóse ante ella, y la dijo con voz dulcísima:
—Gracias, señora.
Pero la mulata miró a su ama con una especie de terror, cuando la señora de Nestosa la dijo:
—Desde hoy, Pancha, esta niña es mi hija.
—¡Dios mío! ¡Su hija! Pero ¿de dónde venía esa hija? Inmóvil por la sorpresa, con los brazos levantados y la mirada fija en los grandes ojos de Clara, la mulata se arrojó a los pies de su ama, y la abrazó fuertemente las rodillas.
—Ven acá, Pancha—dijo Clara con enojo;—ven acá, y escucha: he resuelto adoptar a esta niña, que me llamará madre, y deseo que la trates y consideres como a hija mía.... ¡Te prohibo decirle que es una extraña en mi casa!

Y vacilando antes de proferir una amenaza, puso las manos en los hombros de la mulata, y añadió:
—Es preciso que la ames, y ten presente que el mal que la hazas me lo hazas a mí.

—Pero.... ¿la amará usted más que a mí?—dijo Pancha, con indefinible acento de amor y odio.

—¡Loca! ¿Es el mismo caso? Ella será mi hija y tú mi amiga, como lo eres siempre cuando estamos solas y te veo razonable. Además, ¿cómo ha de hablarme de nuestra querida Habana, si no la conoce, ni de nuestros dulces recuerdos de la niñez y de la adolescencia? Sé buena con ella, y.... te prometo regularle en el día de mis cumpleaños los camafeos que tanto te gustan, para adornar tu garganta....

He aquí la razón poderosa, el principal argumento para las gentes de color: las dádivas, los regalos.

Pancha se levantó, quitó a Luz el sombrero, dióla un beso y preguntó a Clara:

—¿Quiere la señora tomar alguna cosa?

—Sí, trae chocolate para las dos.... Mejor dicho: que lo traiga la vieja Charo, para que mi hija adoptiva la conozca.

En seguida, sentando en sus rodillas a Luz, preguntóla con voz cariñosa:

—¿Has visto alguna mujer negra?

Luz abrió mucho los ojos, y movió la cabeza con ademanes negativos.

—Pues ahora verás una.... y es necesario que la abracés, porque va a traer chocolate.... y además; hará para ti pasteles y bombones.... Conque abrázala, y no flores.

CONDESA DE CAMPOBLANCO.

Continuará.

EL MIRLO BLANCO.

CONCLUSIÓN.

IV.

UNQUE estas flores ofrecidas y aceptadas eran una especie de declaración tácita entre ambos jóvenes, nunca sin embargo habían tenido ocasión de hablarse a solas, lo cual vivamente deseaban los dos. Sólo una noche, pasado algún tiempo, al terminar la función con una pantomima, Azucena, que estaba sentada como espectadora en las primeras sillas, hizo una seña al Marqués para que fuese a sentarse a su lado. Este se apresuró a complacerla, y ambos hablaron hasta que terminó el espectáculo.

No es posible decir si Javier (éste era el nombre del Marqués) estaba enamorado de la mujer ó de la artista: lo que sí era evidente es que se sentía por ella fascinado.

Una noche los dos primos supieron que Azucena se había quedado en la fonda algo indisputada, y con este motivo decidieron ir a verla. Hicieron pasar sus tarjetas, siendo al punto recibidos.

Azucena no se mostró sorprendida ni disgustada, recibiendo con agrado y cortesía sin igual. Abordáronse bastantes temas de conversación, demostrando aquella siempre una elevación de criterio y un sentido práctico que les dejó encantados.

Cuando los dos primos se despidieron de la hermosa artista, Javier estaba perdidamente enamorado. De ahí que, aprovechando un descuido de su pariente, se apresurase a decir a Azucena:

—Deseo hablar a solas con usted, y la suplico que me indique cuándo podrá hacerlo.

Ella se estremeció, miróle con fijeza, y contestó:
—Mañana a las doce espero a usted.

Javier pasó la noche y las primeras horas del siguiente día en un estado de constante agitación. A las doce fué recibido por Azucena en el cuarto de la fonda. La joven estaba muy conmovida, y sólo pudo indicarle con un ademán que se sentara.

—Señorita—dijo el Marqués después que la hubo saludado—vengo a dar cara de usted un paso muy grave. Por Mr. Dansant conozco todos los detalles de su vida de usted, y por ellos sé que no es entre artistas eucrestes con quienes debe usted alternar; yo no tengo familia allegada; mi fortuna, sin ser espléndida, es más que regular; quiere usted, pues, ser mi esposa?

—¿Por qué me ha dicho usted que no tiene familia allegada?—preguntó Azucena mirando frente a frente a Javier.

Este bajó los ojos.

Azucena prosiguió:
—Usted calla: entonces será preciso que hable yo. Usted me ha dicho que no tiene familia allegada, porque a tenerla es, más que seguro, positivo que jamás consentiría que se uniese usted a una *ecuyère*.

—¡Oh, no! no es eso—se apresuró Javier a replicar;—he querido sólo significar que, careciendo de familia, nadie puede oponerse a lo que resuelva yo.

—Sin embargo, Sr. Marqués de Villarosa, si usted lo olvida, a mí me corresponde recordarle que yo soy una volatinera.

—Ayer mismo decía usted que pensaba abandonar su carrera, la cual le ocasiona grandes disgustos.

—Y grandes satisfacciones también; ¡En Javier, separémonos como buenos amigos, y no vuelva usted a acordarse de mí.

—¡Imposible!—repusó él con acento que encerraba todas las gradaciones del dolor, añadiendo:—Piénselo usted mejor. Atienda usted los impulsos de su corazón, no los de su orgullo, y esta noche, al terminar la función, irá a saber lo que ha resuelto, ya que ello ha de ser lo que decida de mí porvenir.

Dichas estas palabras, inclinó la cabeza sin acertar a decir nada, alejándose sin dejar tiempo a Azucena para que formulase una contestación.

V.

Por la noche, cuando al terminar el espectáculo salían los artistas del circo, Javier dijo a Azucena:

—¿Me permitirá usted acompañarla? Supongo que ya habrá reflexionado sobre mi proposición.

—He reflexionado, con efecto, Sr. Marqués—dijo la artista apoyándose del brazo de Javier—y he aquí el resultado de mis reflexiones. Usted pertenece a una familia ilustre y caballeresca, y debe saber que en los tiempos de la caballería las damas sometían a sus caballeros a pruebas de constancia y de abnegación.

—Exijame usted cuantas pruebas desee—interrumpió Javier con vehemencia.

—Las que son compatibles con nuestra época, por supuesto.

—Las que quiera usted.

—Pues contrátese usted en la compañía de Mr. Dansant.

—¿Yo? ¿Con qué título podría contratarme?—preguntó Javier, seguro de que la artista se chanceaba.

—El título no hace al caso. Usted es un excelente caballista, y podría dar lecciones de equitación en las poblaciones donde nos detengamos.

—Pero ¿habla usted formalmente?

—Con toda formalidad—contestó Azucena con acento firme y lleno de convicción.

—Está bien, acepto el convenio. Mañana a primera hora me verá con el director.

—A primera hora no. Preveo dificultades, tendríamos un disgusto, y quiero trabajar por la noche con mis nervios tranquilos. Entiéndase usted con él después de la función.

—Lo haré así.

Entretanto, habían llegado ya delante del hotel.

—Adiós, Marqués, hasta la vista!—dijo la joven estrechándole la mano con efusión.

Azucena, hasta mañana—contestó Javier.

Éste no se explicaba la extraña exigencia de su amada.

—Siente—pensaba—el orgullo de su inferioridad social sobre mí. Teme que mi resolución sea arrebato de un momento; quiere poner a prueba mi cariño, y darme tiempo para pensar friamente. Además, hay en ella un enigma que no acierto a explicar.

Pasó el día siguiente lleno de impaciencia y de zozobra. La decisión era terminante; amaba con verdadera pasión y era amado; tenía fe en la rectitud del carácter de Azucena, y sin embargo experimentaba una inquietud vaga y dolorosa, un presentimiento de una desgracia que no acertaba a describir.

A la hora acostumbrada fué al Circo, entrando por la puerta de los vestuarios, donde se encontró con el director, que con voz seca y estridente daba disposiciones para que diera comienzo la función. Al ver al Marqués, su semblante se contrajo, y encarándose con él:

—No esperaba ver a usted esta noche—le dijo;—le suponía más dulcemente ocupado.

—¿Qué significan esas palabras, Mr. Dansant? A ver, explíquemelas usted—observó Javier, sorprendido por la expresión descortés empleada por el director.

—Caballero—contestó éste—tengo prisa; la función va a empezar. Luego me verá con usted.

Javier quedó solo. Pensaba en las enigmáticas palabras de Dansant, y un malestar indefinible iba apoderándose de su corazón; por añadidura, observó cierto aire de desaliento en los artistas que entraban y salían de sus cuartos, y este detalle, lejos de tranquilizarle, aumentó extraordinariamente su malestar.

Salió al circo, que estaba casi desierto. Los artistas trabajaban como de mala gana. Entonces se le ocurrió una idea: fué a ver el cartel fijado en la parte exterior, para enterarse del orden de la función, y con gran sorpresa vio que en ningún número aparecía el nombre de su amada; en cambio, en una larga nota, el director y los artistas se despedían del público cordobés.

Esto no le sorprendió, pero sí lo primero.

¿Cómo se concebía que Azucena, el mirlo blanco, como la llamaban sus compañeros, no tomase parte en aquella función?

Lleno de ansiedad acorrióse a Mr. Dansant, el cual le hizo saber que Azucena había partido a las dos de la tarde en el tren-correo de Madrid, dejando escrita una carta tan cariñosa como lacónica, en que se despedía *para siempre* de él, y le regalaba los hermosos caballos de su propiedad.

V.

Durante algún tiempo, Javier permaneció en ese estado inconsciente del que acaba de sufrir una gran decepción.

Cuando recobró la facultad de coordinar sus ideas, sondeó su corazón y lo halló dominado por el recuerdo amoroso de Azucena. Adivinó la abnegación de ésta, amándole y huyendo de él, y lo que era sólo amor en su alma se convirtió en culto de fervorosa adoración.

Un día, al volver de su cotidiano paseo, encontró en su casa una carta que tenía el sello de Inglaterra. Javier la abrió precipitadamente, y leyó lo que transcribimos:

«Señor Marqués de Villarosa: Durante la invasión francesa en España mi abuelo mandaba el tercer regimiento irlandés, que formaba parte del ejército auxiliar de la Gran Bretaña. En el desembarco sobre San Sebastián, los ingleses y los patriotas españoles fueron rechazados por los franceses. Mi abuelo cayó herido cerca de la playa, y hubiera muerto, ó por lo menos hubiera sido hecho prisionero sin la intervención de uno de nuestros antepasados; el cual, desafiando todo peligro y exponiendo su vida, le condujo hasta la ensenada, donde los botes ingleses esperaban el resultado del desembarco.

»Tales servicios, señor Marqués, difícilmente son dados al olvido; de ahí que mi familia conserve la tradición de la gratitud respecto a la vuestra. Mi padre escribió al vuestro, como yo lo hago ahora, ofreciendo cuanto valemós y poseemos. Mi hermano primogénito tal vez no ha cumplido con este sagrado deber respecto a vos, a causa del corto tiempo que llevó el título de nuestra casa. Yo, desgraciadamente, le he heredado, y habiéndome informado de vuestra residencia, me apresuro a ofrecerme a vos en cuanto valgo, rogándoos al mismo tiempo que me dispenséis el honor de daros hospitalidad en mi castillo de Lincoln. Rutgeos que admitáis mi invitación, teniendo presente que es, no sólo el deseo, sino también la súplica de un anciano, que ardentemente desea estrechar vuestra mano.

«Condado de Lincoln.—Castillo Bonfil.—*Lord De Bonfil*.»

Después de haber leído esta carta, el Marqués recordó efectivamente haber oído hablar a su padre del desembarco de su abuelo en San Sebastián.

El calor era insostenible en Córdoba, y nada lo detenía en ella. Resolvióse, pues, a trasladarse a Inglaterra, tanto para corresponder a la invitación de Lord Bonfil, como atraído por el dulce y vago recuerdo de Azucena.

Durante el viaje no se separó de su memoria la imagen de la joven amazona, que se le presentaba rodeada de todos los prestigios. ¿Cuánto valía aquella niña abandonada y pobre, que rehusaba un enlace para ella ventajísimo por motivos de la más refinada delicadeza! ¿Qué corazón de gran señora revelaba el regalo de los dos caballos, hecho a monsieur Dansant, que por sí solos constitúan una pequeña fortuna!

El Marqués, después de detenerse unos días en Londres, se trasladó al Condado de Lincoln, residencia de Lord De Bonfil.

Allí recibió una espléndida hospitalidad. El viejo Lord, que poseía una fortuna inmensa, esperaba a Javier, y le acogió con cariñosas emociones. Los primeros días se pasaron en grandes caeceras. Por la noche, el Lord, que era aficionado a los placeres de la mesa, los prolongaba en compañía de su huésped, mostrándose a la par expansivo y curioso.

En el seno de la amistad refirió al Marqués las vicisitudes de su vida, que había sido por demás agitada y pródiga en dolorosas sorpresas.

Un día Lord De Bonfil parecía preocupado durante la comida. A los postres, después que los criados trajeron el último servicio, al quedarse sólo con su huésped ofrecióle el noble Lord una copa de Madera, y apurando otra a su vez, saludó al joven con cierta solemnidad.

Javier le imitó, y ambos bebieron silenciosamente.

El inglés se dispuso entonces a abandonar la hermosa y confortable estancia que hacía las veces de comedor, y sin dejar tiempo a Javier para que le siguiera.

—No, usted me hará el favor de quedarse solo—le dijo;—entretanto, hágame el obsequio de enterarse de estas cartas por el orden con que están enumeradas, y terminada su lectura, usted me dirá la impresión que le han causado.

Le dió tres cartas y salió de la estancia.

Javier, muy preocupado por aquella inesperada excentricidad, miró los sobres, que estaban escritos con una letra fina y de elegante trazo.

Abrió la primera, que decía así:

«Queridísimo padre: ¡Cuán obligada te quedo por haber accedido bondadoso a mis deseos! Ahora que estoy lejos de ti comprendo la magnanimidad de tu sacrificio al acceder a mi pretensión. He vivido dos años a tu lado, me has iniciado en todas las delicadezas del cariño, en todas las filigranas del lujo y de las artes, en todos los prestigios de la fortuna, y, sin embargo, impulsada por no sé qué fatalidad irresistible y extravagante, he rechazado la felicidad, he sido ingrata a tu ternura, echando de menos mi vida errante y aventurera, los oropeles de mis trajes y los aplausos de las multitudes.

»Esta nostalgia de la locura, de los azares y de los triunfos ficticios me impulsó a rogarte que me permitieses volver a mi existencia entre saltimbancos y gentes de de estable educación, y tú, viéndome triste, y teniendo por mi salud, harto quebrantada, sacrificaste tu orgullo y tus afecciones, y accediste al más raro de los caprichos.

»Que bueno fuiste, y yo qué culpable y qué insensata! Ahora, lejos de tí, lo comprendo, y me siento atraída hacia un abismo.

»Perdón, padre mío! Sé que es una gran crueldad affigirte después de haberte sujetado a desengaños tan continuados. Mi locura ha entrado en pleno período de curación, de suerte que mi permanencia al lado de Mr. Dansant será todavía más corta de lo que tú me habías augurado.»

Javier, admirado y conmovido, interrumpió su lectura. No le cabía de ello la menor duda, aquellas cartas eran de Azucena, de la amante desposada de su corazón.

Después de unos instantes de asombro inexplicable continuó leyendo:

«Sólo una circunstancia me compensa de mi demencia y de mi ingratitude, y es la de haber aplazado la ruina de ese pobre circo que iba a hundirse. He sido bien acogida por el público, pero el entusiasmo no puede ser mucho cuando es poca la concurrencia. Mi éxito no me ha conmovido como antes; los espectadores de verano en una ciudad española no pueden ser muy distinguidos; de ahí que de entre el público que diariamente concurre a nuestro circo, sólo dos jóvenes hayan conseguido fijar mi atención. No he de ocultarte que uno de ellos me es altamente simpático, ya que

llevando el título de Marqués de Villarosa, no he podido menos de ver en él á un descendiente del noble español que salvó la vida á tu abuelo en el desembarco de San Sebastián.

—¡Adiós, padre mio! No dejes de recordarme, ya que tu recuerdo es el solo que llena el corazón de tu—Guillermina.

El Marqués abrió la segunda carta, que estaba fechada algunos días después.

«Tengo la satisfacción, querido padre—decía—de haber enderezado lo algo á este pobre circo, que se tambaleaba y estaba próximo á hundirse. He hecho, sin embargo, mal y bien en venir; mal, porque mis sueños de gloria van convirtiéndose en fatigosa pesadilla, y bien, porque esta es la cura más radical que mi insensatez podía prescribirme para acabar de una vez para siempre con mi extravagante afición.

«Estoy muy disgustada con estos artistas, á los cuales sus desgracias parecen haber aumentado la rudeza y grosería de su carácter. Exceptuando las horas de trabajo, jamás pongo los pies en el circo, residencia que antes no hubiera cambiado por el mejor palacio.

«Como á ti no debo yo ocultarte nada, he de decirte que otra causa existe que hace mayor mi disgusto, y es la seguridad de que el Marqués de Villarosa está enamorado de mí; yo le amo á su vez, pero ¿podrá tan cumplido caballero decidirse á revelar su amor á una *cuyère*, aun sabiendo que es ésta hija de un Lord del Reino Unido?»

Javier, que la amaba con delirio, sonrió conmovido por los temores de Azucena.

Abrió la tercera carta, en la que la preocupada joven refería la demanda del Marqués, la desesperación de éste cuando ella rehusó ser su esposa; y la prueba á que había sometido su amor, imponiéndole la condición de contratarse en la compañía ecuestre, condición á la cual él se había resignado.

Guillermina terminaba así su escrito:

«Cuando nos separamos, resuelto el Marqués á darme la prueba de la verdad de su pasión por mí, comprendí que no debía volverle á ver, y haciendo rápidamente mis preparativos de viaje, marché de Córdoba dos horas después, y en ella dejé mi felicidad. He querido que me preceda esta carta, para que me recibas indulgente y bondadoso, ya que el tuyo es el solo afecto que le resta en el mundo á tu atribulada hija—Guillermina.»

VI.

Al terminar la lectura de las precedentes cartas, Javier se puso en pie, en el preciso momento en que el Lord entraba en la habitación, grave, indeciso y conmovido.

El Marqués salió á su encuentro, diciéndole con vehemente arranque:

—¡Ah, mi lord! ¿por qué dudar de mí? Y sobre todo, ¿por qué atormentarse á sí misma, estando como estaba persuadida de la sinceridad de mi pasión?

Sonrió el Lord bondadosamente, y después que hubo calmado el amoroso transporte de su ilustre huésped, hizo que su hija se presentase en el comedor.

Javier la contempló un instante en silencio, observando con pena las huellas que el sufrimiento había impreso en aquel hermoso y dolorido rostro, el cual no tardó en iluminarse con la más dulce y placentera expresión.

Lord De Bonfil y su hija, como buenos irlandeses, profesaban la religión católica, apostólica y romana; de suerte que el enlace de los dos jóvenes pudo llevarse á efecto sin ninguna contrariedad.

Medio año después de su enlace, los Marqueses de Villarosa fueron á Córdoba, y al pasar un día por el sitio donde se había levantado el circo de Mr. Dansant, convertido á la sazón en planicie arenosa, Guillermina preguntó á su esposo:

—¿No te acuerdas algo este sitio?

—Sí, querida mía—contestó Javier.—Aquí fué donde el mirlo blanco colgó su nido en mi corazón.

Enero 1892.

ANTONIA OPISSO.

PRUEBA DE AMOR.



RA Pilarica una de las muchachas más bellas de la costa asturiana: alta y esbelta, blanca y sonrosada, con facciones de perfil delicado, ojos azules y cabellos rubios, hija de padre asturiano y de madre leonesa, reuníanse en ella los caracteres principales de las dos razas que pueblan el territorio del Noroeste de España.

Su padre, el viejo Tomás, era un pobre pescador de sardina, después de haber cumplido largos años de servicio, con enganche y reenganche, en la marina de guerra, y cobraba una pensión de seis *durios* al mes, como recuerdo y premio de su valeroso comportamiento en la guerra del Pacífico; y con esa pensión y el producto de la pesca, padre é hija vivían felices, aunque no lentamente, en una aldea cerca de Rivedesella.

La madre de Pilarica había muerto, y ésta desempeñaba todas las faenas de la casa del pescador: preparaba la frugal comida, arreglaba los vestidos y la ropa blanca, remendaba las redes, y aun acompañaba en ocasiones á su padre en el fragil barquichuelo; y luego, cuando los dos volvían con el pescado, iba de casa en casa, de Rivedesella á Llanes y pueblos inmediatos, ofreciendo lo más escogido á precio módico, y nunca la faltaban compradores.

Dos muchachos la hacían corte: Vicente y Francisco. El primero era un buen mozo, hijo de familia acomodada, guapo, elegante, de modales distinguidos, pero que jamás tenía gana de trabajar; y cuando su padre se dolía del abandono de aquel hijo, la madre, que adoraba al muchacho, que sólo veía por sus ojos, como se suele decir, contestaba así: —¡Bah! Lléjalo en paz, hombre. ¿No hemos pasado nos-

otros muchas fatigas y penas para amasar un buen capitalo? Pues que lo disfrute el hijo de mi alma, y á vivir.

Y Vicente vivía á sus anchas: en verano, allí donde resonaba un tamboril y una dulzaina, estaba el desocupado Vicente, siempre dispuesto á tomar parte en las *giralillas* y en la *danza prima* con la más linda muchacha de la comarca, aunque las demás rabiasen de celos; en invierno..... ¡ah! en invierno pasaba los días en la taberna, y las noches al amor de la lumbre.

Pilarica, que lo amaba, habría sido la novia más feliz del mundo si no hubiese tenido una sombra que proyectaba obscuridad en su dicha: aquella sombra era Francisco.

Francisco, pescador como el padre de la muchacha, tenía veintiocho años, y era tan buen mozo como su rival Vicente, con dos grandes ojos negros, leales, frente despejada, hombros anchos y músculos de acero; fuerte como un coloso y dulce como un corderillo, entregaba á su pobre madre, viuda, todas sus ganancias en la pesca y en el cultivo de la tierra; nunca se le veía en las fiestas y nunca en las tabernas; y nadie podía decir con verdad y justicia que abandonaba el deber por la holganza.

«¿Había dicho á Pilarica que la amaba? No, eso no: era demasiado tímido para atreverse á hacer una declaración amorosa; pero la muchacha sabía que la amaba (ninguna muchacha se equivoca en tal asunto!) y se iba en su corazón la picadura de un dardo cuando, bailando con Vicente una *giralilla*, veía á Francisco medio escondido detrás de las comadres de la aldea, fijando en ella una mirada tristísima y de súplica.

—¿Por qué no te casas con Francisco?—dijo un día el viejo Tomás á su hija Pilar.—Es muchacho trabajador, honrado, buen hijo..... y ya sabes el proverbio antiguo del país: el que es buen hijo, será buen marido.

Pilarica alzó los hombros con cierto desdén, hizo un mohín de desagrado con su linda boca y echó los brazos al cuello de su padre, diciendo:

—Pues vaya una ganga, padrecito mio: no tener dinero, y pasar la vida con más trabajos que ahora..... Para ganar eso, bien estamos así..... ¿Por qué no me aconsejas que me case con Vicente? Es rico, y espera buena herencia.....

—¡Ah, ya! Pues no te lo aconsejo porque..... Mira, hijita: yo he salido al mar con los dos, y en el mar, en un cuarto de hora de galerna, se juzga bien á los hombres..... y por eso, porque los he juzgado, te digo y repito que Francisco es hombre de corazón generoso, de valor á toda prueba, frío y sereno en medio del peligro y capaz de proveer con su honrado trabajo todas las necesidades de su familia..... Pero Vicente.....

—Vicente, padre, no tiene necesidad de trabajar para su familia, porque es rico.....

—Comprendo..... Pero las riquezas también se escurren como el agua entre las manos de un hombre ocioso.

—Si las perdiese, trabajaría.

—¿En qué? No ha aprendido un oficio..... no sabe siquiera manejar una vela..... Piénsalo bien, Pilarica, que nadie te ama como tu padre, y nadie te dará mejores consejos que tu padre.

Una semana después de esta conversación, á tiempo en que el buen Tomás preparaba la barca y las redes para salir al mar, Francisco pasó por la playa y se ofreció á acompañarle.

De buen grado aceptó el viejo tan generoso ofrecimiento, y mientras ambos acababan los últimos preparativos, pasó también por la playa el gentil Vicente, quien les dijo:

—¿Vais juntos?

—Ahora mismo.

—Pues voy también; ¿quieres, padre Tomás?

—¿Cómo decirle que no?

—Pues hala, muchacho; iremos los tres.

Y los tres embarcaron en el ligero esquife, prometiéndose un buen día de pesca. Soplaban un vienteillo bastante velo, aunque franco, sin rachas ni saltos, que hinchaba la vela y estiraba las cuerdas del barquichuelo, el cual bogaba como una gaviota por la rizada superficie del mar azul.

Hacia las nueve de la mañana, calmado súbitamente el viento, los tres pescadores echaron las redes, y bogaron mar adentro con plena confianza, á través de la espesa bruma que poco á poco se elevaba de las aguas y oscurecía el horizonte.

Pasó algún tiempo, y de pronto resonó á lo lejos un rumor formidable, como de truenos comprimidos, que se acercaba y crecía por instantes; y vieron los pescadores un monstruo enorme, con el dorso redondo y negro cual si fuera de gigantesca ballena, que flotaba sobre las ondas, y corría con vertiginosa rapidez hacia la frágil barca de pesca.

Francisco lanzó un grito, y ordenó al viejo Tomás que hiciera girar el timón hacia la izquierda, mientras él mismo empujaba la barca en el mismo rumbo con prodigioso esfuerzo.....

«Era demasiado tarde! El monstruo, un torpedero de la escuadrilla del Cantábrico, pasó como un rayo, y despedazó en menudas astillas la frágil barca.

Afortunadamente los tres pescadores, conservando serenidad enfrente del peligro, se habían arrojado al agua, y se libraron del tremendo choque: Francisco nadaba al lado de Tomás, menos vigoroso que él, y Vicente, sin cuidarse de sus compañeros, nadaba pidiendo auxilio hacia el torpedero, que había detenido su rápida marcha después del choque.

En pocos minutos Vicente llegó sano y salvo á la cubierta del buque, auxiliado por los tripulantes; pero Francisco, llevando casi á remolque al viejo Tomás, luchaba desesperadamente con las ondas.

—Si aquel muchacho hubiese hecho como tú, salvar la piel sin cuidarse del prójimo—dijo el capitán del torpedero á Vicente—á buen seguro que el pobre anciano estaría ya en el fondo del mar.

—Le salvará, mi capitán—dijo un oficial del barco de guerra, que seguía atentamente los prodigiosos esfuerzos de

Francisco por salvar al padre de Pilarica;—le salvará, por que es hombre de corazón y de vigoroso aliento.

Pero Francisco no podía más: el pobre Tomás había perdido el conocimiento, y aunque la costa se alzaba á distancia de un centenar de metros, aquel valeroso joven comprendía que sus fuerzas se agotaban, y una ola más recia le envolvería en su líquido manto como en triste sudario de muerte.

Por fortuna, el torpedero había disparado algunos cañonazos de auxilio, y los vecinos del pueblo corrieron á la playa: unos preparaban sus barcas para salir inmediatamente en ayuda de los dos pescadores; otros disponían cables de salvamento; todos, en fin, animaban con aplausos y vitores al noble joven que luchaba con tanto brío por salvar al viejo Tomás y salvarse él mismo.

«Oh dicha! Una ola de vigoroso empuje llevó hasta la playa á los dos naufragos, y al retirarse, éstos quedaron en la arena en brazos de sus convecinos, que disputaron y ganaron al mar su codiciada presa.

Pero Francisco, en el momento de tocar en la playa salvadora, cayó desvanecido al lado de Tomás y á los pies de Pilarica, que lloraba de gozo al estrechar amorosamente en sus brazos al padre de su alma, salvado por Francisco.

—Te amo, Francisco—decía ésta á su esposo, cuando salían del templo acompañados de todo el pueblo, que les vitoreaba;—te amo y te amaré mientras viva, porque el hombre que me ha dado tan sublime prueba de amor, arriesgando su existencia por salvar la de mi padre, es más rico que el millonario Vicente: éste posee la miserable cobardía del egoísta, y tú, esposo mio, la inmensa riqueza de las almas grandes y los corazones generosos.

LUCIANO DE BURGOS.

EL ANGEL DE MI GUARDA.

(Á MIS IDOLATRADOS PADRES.)

Al hundirse en la sombra de su ocaso
Mi juventud lozana,
¿Quedará la mansión de mis quimeras
En tumba transformada?

Si es así, en el jardín de mis ensueños
Se agostarán las palmas,
Y no se oirá el trinar que entona amante
El pájaro que canta.

¡Ay! «¿Nada de ilusión, sólo materia»
Dicen que el mundo guarda,
Y oropeles fingidos, escondiendo
Tanto cieno que mata?

¿El amor y la gloria, errores vanos,
Enfáticas palabras,
Sirenas de ilusión que se disipan
Cual sombras ó fantasmas?

¡Ay! Quizás al caer el dulce velo
Que las perdidas tapa,
Y al verme sin querer, oh triste suerte,
Al mundo encadenada,

Se ofusque mi razón y torpe viva
Sin fe y sin esperanza;
Y quizás (¡aun más ciega!) ya no mire
A la región más alta.....

Tal vez todo lo olvide, ¡todo, todo!
Enloquecida, ingrata.....
Mas no temáis jamás, oh padres míos,
Por la hija idolatrada;

Que ella siempre tendrá dentro del pecho
Cual *Angel de su guarda*,
El deber que con signos indelebles
Grabasteis en su alma.

ELISA CASAS.

Á MI ESPOSA.

Á tu santo amor unido,
Tuyo en cuerpo y alma soy,
Y si á volar me decido,
En cuanto vuelvo, ya estoy
Suspirando por el nido.

Tanto, mi vida, te quiero,
Que entre todas las mujeres
A todo amor te prefiero.
¡Dime tú que no me quieres
Y verás cómo me muero!

Aunque tu pasión bendigo,
Decirlo me da rubor
Y palabras no prodigo;
Te quiero, y no te lo digo,
Que es el cariño mayor!

Guardar mi tesoro intento,
Y así, queriendo y callando,
No dudes de mí ni momento,
Que siempre te están besando
El alma y el pensamiento.

JOSÉ JACKSON VEVAN.



27.—Traje de recibir. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 28.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

29.—Traje para señoritas. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 30.
Explic. y pat., núm. VI, figs. 31 á 43 de la Hoja-Suplemento.



31.—Esclavina de recibir para señoras de edad.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 57 y 58 de la Hoja-Suplemento.



28.—Espalda del traje de recibir.
Véase el dibujo 27.



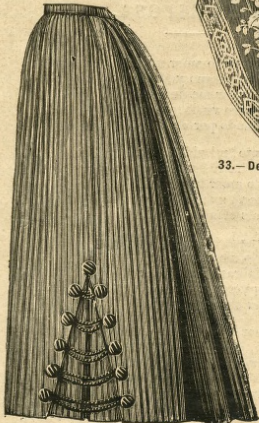
33.—Delantal bordado.



32.—Lazo que sirve de peto.



30.—Espalda del traje para señoritas.
Véase el dibujo 29.



34.—Falda para vestidos de cañe.



35.—Sombrero para señoritas.

UNO QUE SIGUIÓ EL CONSEJO DE SU MUJER.

Muchos hubieran economizado disgustos si hubieran tomado el consejo de sus mujeres. Algunos lo hacen, pero otros están tan obstinados, tan imbuidos en la idea de que las mujeres no sirven más que para cuidar la casa y los hijos, que antes de aceptar la opinión de una mujer serían capaces de correr sin saber á dónde, á riesgo de romperse la cabeza. Esta clase de tontos tienen que pagar su obstinación más tarde ó más temprano, y al fin tienen que admitir que las mujeres saben más que ellos en algunas cosas.

El Sr. Alex. Geo. Ellis, que vivía en Belfast, en Irlanda, y ahora vive en Brockville, Ontario, Canadá, es hombre más prudente. He aquí su relación. Después de un largo período de trabajo y buena fortuna en su nuevo país, sintió señales de perder la salud. Esto progresaba lentamente y no sabía qué partido tomar. Tenía dolores pasajeros en el pecho, costados y espaldas. Se sentía desanimado y soñoliento y poco dispuesto para el trabajo. Dormía mal, se pasaba la mayor parte de la noche dando vueltas en la cama, soñaba horriblemente, lo que le hacía temer el sueño á pesar de lo mucho que lo necesitaba. Le daban bascas y el alimento se le quedaba en el estómago como un peso muerto. Luego se puso caprichoso, nervioso y excitable, y á penas podía contestar á una pregunta con urbanidad. Le parecía que iba á tener alguna desgracia en la familia ó en los negocios, aunque no podía imaginar lo que sería. Una noche al levantarse de pronto de la silla para ver quién estaba á la puerta, le dió una especie de mareo que por poco se cae al suelo. Asustado del todo, mandó por un médico, y en el curso de la enfermedad que siguió á esto lo asistieron los mejores médicos de varias poblaciones. Empleando las mismas palabras de Mr. Ellis, «me medicaron y martirizaron hasta que apenas dejaron nada de mí. Tenía estreñimiento, la piel seca y ardiente, los ojos amarillos, manos y pies fríos. Durante algunos meses solo tomé té, café y pan. Aun con una alimentación tan sencilla, los dolores que sufría después de comer no tenía palabras con que describir.

Al fin ya estaba á punto de entregarse á la desesperación, cuando su mujer, persona pacífica y reservada, le dijo: «Esposo mío, hay una cosa que creo te haría provecho: el Jarabe de la Madre Feigél.» Ella lo había tomado, él no. «¿Tentería, contestó él de mala manera, cuando los médicos no pueden hacer nada, no veo yo por qué se le da de tener fe en una medicina específica. Sin embargo, puede que tengas razón, y de cualquier modo, lo probaré por darte gusto. No puedo pensar peor de lo que estoy.»

Ella, pues, le trajo una botella, y en veinticuatro horas se puso mejor. A los pocos días pudo comer un poco de carne, y antes de acabar la segunda botella, comía con gusto y regularidad. De esto hace ya tres años, y sigue con muy buena salud, y cuando supimos de él la última vez, estaba proyectando una visita á Irlanda.

En su última carta á un amigo suyo, Mr. Ellis dice: «Hablando de mi restablecimiento, debo decir que estoy seguro que ya estaría enterrado si no hubiera seguido el consejo de mi mujer, tomando el Jarabe de la Madre Feigél.»

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarte gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Feigél está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

ULTIMA NOVEDAD EN PERFUMES INGLESSES CRAB APPLE BLOSSOMS.

(Flor de manzana silvestre—Extracción concentrada.)



Primero entre los perfumes de moda en la actual temporada tenemos el Crab Apple Blossoms, que es la más agradable y fragancia inimitable.—London Court, Fountain de la Corte de Lovaina. CORONA, compañía de Perfumería.

Imposible que se le olvide con más delicada y más deliciosa que el perfume Crab Apple Blossoms, que prepara la Crown Perfumery Co., de Londres. Tiene el aroma de la primavera, y aunque se le usara toda la vida, nunca se cansaría de él.—New York Observer.

THE CROWN PERFUMERY CO. 177, NEW BOND STREET, LONDRES. Se ve de en todas las Perfumerías.

TISIS BRONQUITIS CRONICAS, TOSES PERTINACES, CATARROS, Curación por el EMULSION MARCHAIS.—MADRID, Melchor Garcia, BUENOS-AYRES, Demarchi nº 4.—MONTEVIDEO, LAS CASAS.—MEXICO, Van Den Winaert.

MANCHAS É IMPERFECCIONES DE LA PIEL

Manzanina. Único preparado infame, en quince ó cuarenta días las señales de Viruela, pecas, punto de la cara, arrugas, vello y erupción; da y conserva al cutis suavidad y tersura encantadoras. Atenderse en todo al prospecto. Caja, 7,50 pesetas.

ÁCIDO FÉNICO AROMÁTICO Ó FENI-POMAL. Es el medio racional y científico de evitar las caries de la dentura, el mal olor y de la boca de los pies, pudiendo aplicarse en todos los casos que se trate de hacer una verdadera desinfección de cualquier parte del cuerpo. Líquido olor y sabor de manzana.—Frasco, 5 pesetas.

D. Pedro Gavilán, farmacéutico en Mahón, resuelve cuantas consultas le hagan respecto al uso de las dos preparaciones.

Madrid: perfumería Inglesa, Carrera San Jerónimo, 9.—Provincias: en todas las buenas perfumerías y droguerías.

ABSOLUTA PROTECCIÓN DEPOSITADA. MARCA DE FÁBRICA. El Sabor CANFIELD. Sin Cascaras, Sin Olor, Impermeable y Lavorable. Ningun otro protector puede dar tantas ventajas. Elige la marca CANFIELD. CANFIELD RUBBER CO., 108, Rue de Richelieu, Paris.

CABELLOS largos y espesos, por acción del Extracto capilar de los Erechthidactes del Monte Majella, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración. E. SENEZ, ADMINISTRADOR, 35, Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

ACEITE DE HOGG de HIGADO FRESCO de BACALAO. NATURAL Y MEDICINAL. EL MEJOR que existe puesto que ha obtenido la MÁS ALTA RECOMPENSA en la EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1889. Recetado desde 40 años por los primeros médicos del mundo entero, á las Personas debiles y Niños raquíticos, contra las Enfermedades del Pecho, Tos, Humores, Erupciones del cutis, etc. Es mucho más activo que las Emulsiones, las cuales contienen mucha agua. Se vende solamente en Frascos Triangulares.—Exijir sobre el envoltorio el sello de la Union de los Fabricantes. SOLO PROPIETARIO: HOGG, 2, Rue de Castiglione, PARIS, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

ARTÍCULOS PARA BORDAR. Labores en todos géneros para Salon, Sala, Oratorio, Comedor, Dormitorio, Despacho, etc., empuñadas y sólo dibujadas, desde 2 pesetas. Dibujos y modelos para bordar á Keelce, Matiz, Malia, Encajes y Lencería, Oro, Sedas, Lanas, Terciopelo, Algodones ingleses. La Casa de más fantasía y economía de España. Especialidad en labores religiosas. Se contesta á toda pregunta que acompañe un sello de 15 céntimos y otro de 5 para su recibo. EL SAGRADO CORAZÓN CASA SALVI 1, Clavel, 1, Madrid.

MATÍAS LÓPEZ MADRID—ESCORIAL. LOS CHOCOLATES, CAFÉS Y SOPAS COLOCALES DE ESTA CASA son los mejores que se presenten en los mercados. PREMIADOS CON 40 MEDALLAS. Se venden en todos los establecimientos de Ultramarinos de España. Oficinas: Palma Alta, 8.—Deposito Central: Montero, 23.

NUEVOS PERFUMES PARA EL PAÑUELO DE RIGAUD y Cia. PERFUMERÍAS DE LAS CORTEES de España, Grecia y Holanda. ESENCIA: Lucrecia, Liles de Persia, Gracia, Peau d'Espagne, Bouquet Royal, Fesca, Muguet des Bois. JABONES Y POLVOS DE ARROZ Á LOS MISMOS CLORES. 8, rue Vivienne, 8, PARIS.

PUREZA DEL CUTIS en Paris. LAIT ANTIÉPHELIQUE. LA LECHE ANTEFÉLICA pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPILLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES. Limpia y conserva el cutis limpio y terso. CANNES é Cía. B. St-Denis, 18.

EL SOL DE INVIERNO POR DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS. Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad. Un volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

Decís, Señora, que os faltan muchas cosas para que volváis á ser

JOVEN Y BELLA

Pues pedídasla en la Perfumería Exótica, rue du 4 Septembre, 35, en Paris, y quedarás satisfecha, y encantada del resultado.

Su Brista Exótica, en agua ó en crema, os hará volver á la hermosa edad de diez y seis primaveras y os defenderá contra las arrugas; su polvo de arroz Flor de Albricias dará á vuestro cutis una blanca diáfana que evocará á las rosas desvanecidas de vuestro rostro; su Anti-Bollos extirpará los puntos negros que brotan en la nariz, sin dejar la menor huella de ninguno; su Sorcilium espesará, alargará y dará nuevo color á vuestras cejas y pestañas; su Pasta de Avellanas destruirá los sabañones y las grietas, y os devolverá la mano lisa y mórvida, con las venas suavemente azuladas que antes, en vuestra primera juventud, poseíais; y toda esta transformación se efectuará naturalmente, sin recurrir á ningún artificio.

El Catálogo de la Perfumería Exótica se remite, gratis y franco de porte, á quien le pida. Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, Principal, 109; Pascual, Arenal, 2; perfumería Urquibola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

ANTIPYRINA ESFERVESCENTE LE PERDRIEL contra Influenza, Dolores, Jaqueca, Mareo, etc. La presencia del Acido Carbónico suprime los Calambres y Las Nauseas producidas por el empleo del medicamento. LE PERDRIEL & Co, PARIS.

NONON DE LENCILOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acto de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la Historia amorosa de las Galias, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la Perfumería Ninon (Maison Leconte), 31, rue du 4 Septembre, 31, Paris.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de Veritable Eau de Ninon y de Duvet de Ninon, polvo de arroz que Ninon de Lencilos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La Parfumerie Ninon expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes. Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, Pral. 109; Aguirre y Molino, perfumería Urquibola, Preciados, 1; perfumería de Urquibola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer.

PIESSE & LUBIN. AROMAS DULCES OPOPONAX LOXOTIS FRANGIPANNI PSIDIUM Y MIL OTRAS. Se vende en todas partes por los Perfumistas y Drogueros. New Bond Street Londres.

«AJUSTA COMO UN GUANTE» THOMSON'S GLOVE-FITTING. MARCA DE FÁBRICA. CORSE. Perfection en la hechura, en las detalles y duración. Aprobado por todas las elegantes del mundo. Vendidos hasta la fecha: más de un millón por año. Pedidos hechos por Comerciantes de todo el mundo. Fabricantes: W. S. THOMSON & CO., LTD., LONDON.

VINO DE CHASSAING BI-DIGESTIVO. Prescrito desde 25 años contra las AFECCIONES de las Vías Digestivas. PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

NEURALGIAS, Jaquecas, calambres en el estómago, histerismo, todas las enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del Dr. Crozier, 3 francos; Paris, farmacia, 23, rue de la Monnaie.